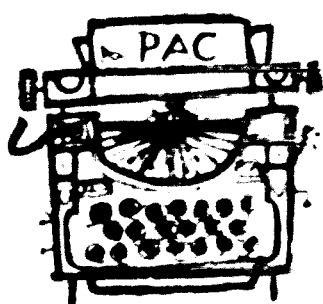


escrito a máquina

# El nicaragüense, las fiestas y el cambio



Decir que el nicaragüense es fiestero no resulta un descubrimiento. Bastante se ha hablado, en lenguaje socio-económico, del desperdicio de tiempo y sobre todo de los gastos superfluos que, a pesar de su miseria, asume contento nuestro pueblo hispano-indio (y muy especialmente el nuestro) para atender a sus fiestas. No dudo que esta crítica es cierta en números. Doña Justa hubiera podido adquirir numerosos elementos esenciales para su vida cotidiana con lo que gastó en el rezo de San Sebastián como mayordoma de las patronales. Pero ella tiene un problema fundamental que exponernos: su alegría. Ella ha podido "salirse" del tiempo (y el tiempo "es" malo, dice ella, o "está" malo, decimos nosotros); ha podido hacer un corte a la vida diaria —salirse de su trama— y lograr en un día (un día largo que tiene mucha anticipación y, luego, mucho recuerdo) algo muy especial y difícil de definir: "un clima de alegría interior ligado a un goce exterior en que uno se sobrepasa a sí mismo, se hace acogedor, comparte, comulga con los demás". Es la fiesta, el misterio y la magia de la fiesta!

A veces, muchas veces, lo que realmente sucede es poco. La gracia brota más bien de la anticipación y después del recuerdo. ¿De qué se reían aquellos peones cuando regresaban en la lancha, después de la fiesta? Yo estuve todo el tiempo oyéndoles. Simplemente se referían, con brevísimas frases, a escenas vividas; repetían gestos, recordaban algún detalle que resultaba ridículo... ¡nada! El valor de todo estaba en la atmósfera convivida, en un beber, comer y conversar dentro de cierto ambiente que fue alegre por su comunión.

("¿Te acordás del hijueputa de Juan cómo bailaba con la Rosalina?"). Y todos a coro reían). Pero Juan —a pesar del cariñoso y feroz adjetivo— había bailado como siempre. No! No había bailado como siempre. Había bailado en LA FIESTA, y la fiesta tiene una virtud de superación del tiempo que la convierte —según Mircea Eliade— "en algo así como una eternidad participada".

La fiesta es un fenómeno de riqueza espiritual —de generosidad, de alegría participada, de gozo comunal— que no puede valorarse usando, únicamente, un criterio economista. De nada sirve criticar el despilfarro de Doña Justa si no nos asomamos —dentro de su miseria— a la difícil y sutil fábrica clandestina de su alegría. Un pueblo no fabrica su alegría únicamente cuando ahorra, gana bien y consume con lógica. Hay que orientarlo en ese camino pero conociendo y comprendiendo esas otras vertientes profundas que si se secan convierten el alma popular en nido de crímenes, de tristeza o de neurosis.

El nicaragüense es un pueblo fiestero. Puede alguien decir que lo es por pobre, por subdesarrollado, como un escape, pero sería simplificar burdamente las cosas. Yo creo que la miseria (y no propiamente la pobreza) lo que ha hecho es desviar hacia formas broncas y solitarias la natural apertura del nicaragüense hacia la alegría compartida. El "riendazo indio" —por ejemplo— ese trago brutal que directamente apunta hacia la embriaguez, esa búsqueda no de la excitación placentera sino de la anestesia total: esa sí puede ser la miseria saltando suicidamente, desde sus altos muros torvos, al sueño.

O bien, puede ser el vicio (que es, por esencia desafortado). O, simplemente, la falta de cultura de la alegría que puede provenir —como

veremos— de muchos elementos heterogéneos. Un escritor alemán, Van der Kerken, observa que "hay dos peligros que ensombrecen los finales de fiesta: el caos de los crecimientos incontrolables, y el aburrimiento de los disminuendos interminables". Todo aquel que ha asistido a fiestas conoce cómo se dan esos dos tristes finales y cómo hay también dos clases de individuos fiesteros: los grandes creadores de atmósfera (los que saben mantener encendida y EQUILIBRADA la alegría) y los grandes aguafiestas, esos que el pueblo dice que "tienen mal guaro". En el aspecto comunal existen también factores que crían atmósfera, que favorecen el sentido cultural —el culto a la alegría de la fiesta— y factores que lo degradan. En Nicaragua heredamos del indio el culto bárbaro a la borrachera (la fiesta para caer al suelo) y esta desmesura salvaje no la hemos educado sino agudizado doblemente: creando cantinas y creando miseria.

Yo recuerdo a un viejo maestro albañil, amigo de mi padre, que decía una frase muy sabia: "antes que enseñarle a leer hay que enseñarle a beber a este pueblo". Quería decir que la cultura comienza por la justicia y por el cultivo de la comunidad. Entre nosotros más que la pobreza lo que ha degenerado nuestra alegría festiva es la explotación de la pobreza. Sobre todo, la monstruosidad de un Estado cantinero y de una autoridad protectora o socia de comerciantes del vicio cuya obra disolvente de la cultura de la alegría, donde mejor se observa es en las fiestas patronales:

Nuestro pueblo no concibe una alegría solteramente espiritual. En sus fiestas del espíritu se niega a separar alma y cuerpo. Su alegría religiosa, aun la más auténtica, es ruidosa (con pólvora), compartida (con sus amigos y vecinos) o procesional (con su comunidad), acompañada de comida y bebida (debe darse, atender, comulgar su alegría) e injertarla en la naturaleza (sol, enramadas, plaza, toros, juegos, etc.). Pero todos estos factores que componen o componían la fiesta popular valen si son auténticos y vitales. Desde el momento en que se introducen elementos extraños e inauténticos la fiesta pierde su gran sentido de unidad profunda y de comunión. Cuando a la fiesta patronal llega el comerciante del vicio; cuando en vez de la bebida "dada" por el fiestero, es el comercio cantinero y envilecedor lo que se inserta; cuando el juego no es el ingenuo y propio surgido de la autenticidad regional, sino el ajeno del tahir profesional; cuando la muchacha que alegra no es la de "allí" —con sus propias defensas y sus propias indefensiones— sino la prostituta importada y lépera, etcétera, el ambiente se relaja, su alegría se jayaniza e infesta y el caldo ya no es festivo sino degradante.

Y eso es lo que ha pasado. La unidad de elementos que construían la "fiesta" popular la hemos roto Y YA NO ES POSIBLE RECONSTRUIRLA porque, simultáneamente se han introducido cambios fundamentales en la vida del nicaragüense. Las formas de comunión —y entre ellas la comunidad de la alegría que es la fiesta popular— tienen que buscar otros cauces. Tenemos que inventarlos, tenemos que provocar la inventiva popular por una hábil y profunda política cultural. Pero, entre tanto, como más bien fomentamos los elementos disolventes, el pueblo sufre una crisis. Y una crisis en la alegría de un pueblo es cosa muy seria.

PABLO ANTONIO CUADRA